

El hacha de Wandsbek

Arnold Zweig

1938-1943

Traducción del alemán de Claudia Cabrera

Herder

Título original:

Das Beil von Wandsbek, edición de Berlín, Aufbau Verlag, 1996

Traducción: Claudia Cabrera

Diseño de cubierta: Claudio Bado/somosene.com

Corrección de estilo: Camila Joselevich Aguilar

Formación electrónica: Irma Martínez Hidalgo

Esta obra se terminó de imprimir y encuadernar en 2019
en los talleres de Impresos Vacha S.A. de C.V

© 2019, Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín, 1953

© 2019, Editorial Herder

Libros de Sawade, S. de R.L. de C.V.

Tehuantepec 50, colonia Roma Sur

C.P. 06760, Ciudad de México

La traducción de esta obra ha sido subvencionada por una beca del
Instituto Goethe, el cual es financiado por el Ministerio Alemán de
Relaciones Exteriores.



EÜK : *Straelen* [lo:rən]

Parte de esta traducción se realizó durante las
residencias en la Casa de Traductores Looren, Suiza,
y en el Colegio Europeo de Traductores en Straelen,
Alemania.

ISBN (México): 978-607-7727-77-4

ISBN (España): 978-84-254-4324-4

La reproducción total o parcial de esta obra sin el con-
sentimiento expreso de los titulares del Copyright está
prohibida al amparo de la legislación vigente.

Impreso en México / Printed in Mexico

Herder
www.herder.com.mx

ÍNDICE

Nota sobre la edición en español	11
Agradecimientos	13

PARTE I

Libro I

Uno tiene que arreglárselas como pueda	17
1. Un vehículo frágil	19
2. La tentación	53
3. La cena de cangrejos	81
4. Entrenamiento	101

Libro II

La memoria de la Reichswehr	117
1. La noticia	119
2. Indultos	147
3. Nuevamente en el poder	165
4. A través de una ventana redonda	183
5. Entre flores	195

Libro III

Con la corriente	213
1. La buena de Stine	215
2. Stellingen	235
3. La varilla de radiestesia	261
4. El señor Footh cobra impulso	285
5. No solo de pan vive el hombre	301

Libro IV

Los libros del difunto señor Mengers	339
1. Los que pagan los platos rotos	341
2. Deudores agradecidos	363
3. El horror	395
4. Una propuesta de matrimonio	413
5. <i>Solo aequare</i>	423
6. La rosa negra	451

PARTE II

Libro V

Koldewey recibe una señal	463
1. Diálogos de lavanderas	465
2. Las entrañas de la tierra	489
3. El hacha debe desaparecer	517
4. La Pascua alemana de 1938	539
5. La columna de marcha	557
6. Luces en Fuhlsbüttel	571

Libro VI

El alma, un topo	595
1. Una gotera	597
2. Camaradería	609
3. La ley de la selva	639
4. La señora Timme se despide	651
5. No es veneno	667
6. “Ríndete...”	703

Libro VII

Los restos del naufragio	735
1. Tormenta en el puerto	737

2. “Vénganos tu reino...”	751
3. Un hombre vuelve a casa	763
4. El hacha regresa	775
Colofón	
Astrología	787
Epílogo	
Resurrección	793

NOTA SOBRE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Debido a que años atrás Arnold Zweig había perdido en gran parte la vista, debió dictar esta novela: hazaña titánica si se considera la extensión y complejidad de la historia. Los avatares de la guerra y las dificultades económicas ocasionaron, además, que fueran varias las mecanógrafas con quienes Zweig trabajó. Es seguramente debido a ambas circunstancias que el original en alemán presenta algunas inconsistencias. En algunos casos, se trata de la ortografía de los nombres de personajes de la novela o de personajes históricos y lugares, que varía en el curso de la narración y que decidimos uniformar en la traducción en español. En los casos de disparidades en el contenido (por ejemplo, en algunas acciones o cuando los mismos personajes aparecen con nombres distintos), decidimos no efectuar correcciones.

Por otra parte, la nueva edición publicada por la editorial Aufbau en 1996, que sirvió de base para la traducción que sostiene ahora en sus manos, incluye abundantes notas, que explican o contextualizan las numerosas menciones que hace Zweig de personajes de la cultura y la sociedad alemanas. Cuando lo consideramos necesario, completamos algunas de aquellas, o bien eliminamos las que no aportaban información relevante para la edición en español.

Es también importante aclarar que, por la extensión de la obra, no fue posible incluir aquí los anexos que la edición de Aufbau sí aporta: material de archivo en el que el autor bosqueja sus ideas y las entradas de su diario en las que va acompañando el proceso de escritura, así como un comentario en el que se describe la odisea de este libro, escrito en el exilio, desde sus orígenes hasta su publicación, en años posteriores, en distintos idiomas y países.

Le deseamos una lectura placentera de esta obra, que constituye uno de los análisis más agudos de la sociedad alemana en los albores de la Segunda Guerra Mundial.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela enfrentó algunas fatalidades antes de poder llegar a los lectores. El escrito, detonado por una noticia que el autor encontró en el periódico *Deutsche Volkszeitung* en 1938, en Praga o París, pero al que no compuso y maduró sino hasta en los años subsecuentes, quedó terminado en la primavera de 1943, de modo que su traducción al hebreo pudo publicarse ya en otoño de ese año en la editorial Sifrioth Hapoalim.

Entretanto, todas las dificultades derivadas de la guerra y de la mala salud del autor se habían aliado en contra de la producción de un manuscrito legible. Ya el mero envío de los manuscritos se topó con obstáculos, la cuestión de la traducción al inglés parecía irresoluble en un Londres asolado por las bombas y los cohetes. Por otro lado, el autor, tras una severa conmoción cerebral y debido a su visión mermada, no podía encargarse él mismo de un buen manuscrito, que sirviera para la traducción. El hecho de que todo esto pudiera superarse lo agradece no solo al incansable empeño de su esposa, sino también a la devota amistad y activa ayuda de los escritores Robert Neumann en Inglaterra, y Lion Feuchtwanger y Bertolt Brecht en California. Mediante su camaradería estos hombres demostraron que por muy destructiva que sea, no hay guerra mundial alguna que pueda hacerle mella a un cimiento forjado en décadas en las que se vivió y se combatió codo a codo. Esta solidaridad, que

se sostuvo junto con el mayor de los trabajos personales, parece ser un buen indicio de la fuerza creadora y vital encarnada en los hijos de la emigración alemana, dispersos en todo el mundo, y que, a pesar de toda la ruina y el horror del régimen nazi, no se dejan desalentar y siguen poniendo manos a la obra.

Haifa, abril de 1947

Arnold Zweig

PARTE I

Libro I
UNO TIENE QUE ARREGLÁRSELAS
COMO PUEDA

Capítulo 1 UN VEHÍCULO FRÁGIL

I

Acontecimientos como los que aquí se desarrollarán para culminar, como corresponde a la época, en cuatro hachazos, un tiro de revólver y el nudo apretado de una cuerda enjabonada, con frecuencia se inician con un movimiento intrascendente. El que aquí nos ocupa consistió en la enérgica inserción de una pluma en un pequeño tintero, ejecutada por la fuerte mano de Albert Teetjen, un hombre bien parecido, rubio, de cuarenta y dos años, de bigote de puntas arqueadas hacia arriba sobre los carnosos labios y unos ojos que miraban difusamente, ojos típicos del norte de Alemania, de un brillo azul grisáceo y de anchos párpados.

Estaba sentado, con las mangas de la camisa remangadas, a la mesa ovalada —misma que su esposa había limpiado con un trapo seco después de la cena— en el cuarto que usaban como sala y comedor, apoyándose sobre un periódico grande, el *Ham-burger Fremdenblatt* del viernes 27 de agosto de 1937. Un firmamento de diáfano azul se extendía sobre las altas paredes traseras de los edificios cuya planta baja alojaba la carnicería y la vivienda de los Teetjen, pero Albert no alzó la vista. Por el contrario, Stine Teetjen, con el rostro levantado y el cobrizo rodete de cabello pegado a la nuca, estaba parada junto a la ven-

tana abierta. Con las manos que sostenían el trapo cruzadas a la espalda, dejaba que sus grandes ojos grises vagaran por el cielo de la tarde con una expresión de tímido embeleso, respirando con avidez. Por encima de ellos, a la izquierda y desde enfrente, sonaba la música de los altavoces; ambos se deleitaban con la misma obra de cámara, que la estación de radio de Hamburgo recibía junto con toda Alemania desde la emisora central de Königswusterhausen. Stine no sabía qué música oía ni que se trataba del quinteto para clarinetes de Mozart, el cual al mismo tiempo escuchaban los Petersen en el edificio que daba a la calle y los Lawerenz en el ala lateral que quedaba al frente. Pero lo que entraba en ella como un torrente, en el mismo soplo que la luz turquesa, le gustaba mucho. Música azul verdoso, pensaba, nomeolvides y espuela de caballero y brezos en el Pantano de Borstel. Sentarse entre la tibia hierba, recostarse; jah, qué bien olía! Y además, ahí estaba Albert, que hurgaba con su bastón en agujeros de ratones, madrigueras de topos y en una zorrera abandonada. Aparte de él no había nadie más hasta donde la vista alcanzaba, sólo un avión que volaba zumbando hacia la isla de Gotland... entonces me podría quitar la falda para que no se arrugara. Y Albert se olvidaría de su manía de querer saber cómo era el interior de la Tierra, se alegraría de ver mis piernas y... Así cobró de nuevo plena conciencia de que su guapo esposo estaba en la misma habitación y de que había estado angustiado toda la tarde tratando de redactar esa maldita carta. La caja registradora estaba prácticamente vacía, pero el primero de mes había que pagar las rentas, no sólo las del departamento y el local, sino también las del refrigerador, la máquina cortadora y la báscula, que hoy en día, esmaltados de blanco y bien limpios, formaban parte del equipo de toda carnicería que quisiera conservar por lo menos algunos clientes. Se dio la vuelta, notó

que él no había prendido aún la luz, bajó más la lámpara que pendía desde el techo sobre la mesa y que colgaba de un gancho demasiado grande, apretó el interruptor y dijo burlona:

—Qué bien que aún no has escrito nada. Te hubieras estropeado los ojos.

Albert ignoró su broma. Meditabundo, miraba fijamente el ligero portaplumas escolar, de un café claro cruzado por manchas oscuras en un patrón atigrado, que sostenía entre sus dedos velludos, recién lavados y de piel rojiza.

—No logro escribir nada, Stine. Es como si tuviera que escalar una duna de arena suelta que se desmorona bajo mis pies y me hace resbalar todo el tiempo. Díctame lo tuyo, que finalmente suena mejor.

Al decir esto tomó una caja de puros del anaquel encima del sofá de terciopelo rojo, aspiró voluptuosamente su aroma, eligió uno de los manchados, puso de nuevo la caja en su lugar y, mientras Stine sacaba de la cómoda una Biblia encuadernada en negro, abrió su voluminosa navaja de bolsillo para cortarle la punta al puro. Entonces inhaló y exhaló el aromático humo y, en tanto que su esposa extraía de entre las hojas del Antiguo Testamento un papel en el que había garabateado algo, dijo:

—Pues sí, la preocupación por la maldita plata. Lo tienen a uno cogido del cogote, sentado solo en su casa, como si alrededor no estuviera la ciudad de Hamburgo, con millón y medio de *camaradas*¹ y llena de cajas fuertes.

¹ *Völksgenosse* en el original. Se puede entender como camarada del pueblo o camarada de sangre o etnonacional; léase *pueblo* como la población aria, a lo cual hace también referencia el camarada *de sangre* y el carácter etnonacional. Es un término que excluye a todos aquellos que no pertenecen a la comunidad aria; por ejemplo, aunque no únicamente, a los judíos.

—Nadie está solo —dijo Stine, recorriendo con los ojos, sus grandes y expresivos ojos, algunas líneas del profeta Oseas—. ¿Empiezo?

—Empieza —asintió él, e introdujo el portaplumas por el cuello del frasquito de la tinta escolar, de un negro rojizo, para escribir, con mano en modo alguno torpe, en letra alemana y clara, frase por frase, las palabras tal y como iban brotando limpiamente de los labios rojo pálido de Stine, con un cierto dejo hamburgués y pronunciadas con voz de colegiala:

Hamburgo-Wandsbek, calle Wagner 17, a 27 de agosto de 1937

Querido camarada y compañero de armas. Hace ya mucho tiempo que no sabes nada de mí, desde que navegábamos el Niemen en nuestra balsa corriente abajo y vendíamos en Kláipeda aceites y casquillos de latón. Pienso con frecuencia en esos tiempos, feroces y divertidos, y en cuánto te gustaba que tocara yo mi acordeón. Ahora hace ya mucho que dejé de lado ese instrumento. Tras la muerte de mi viejo debí hacerme cargo de la carnicería, oficio que ya había yo aprendido. Sólo que ahora ya no rinde como debiera. Los comestibles de la cadena Ehape me están matando desde que la sucursal Boulevard de Wandsbek también vende carnes y embutidos. Las amas de casa de nuestro barrio no necesitan ni diez minutos para llegar allá en tranvía. Dicen que la oferta es más amplia y más barata, así es que el viaje es rentable. Y puesto que tú tienes voz y voto en el Parlamento y en el gobierno de la ciudad, quizá puedas promover que ya no se les permita vender carnes en barrios residenciales. A pesar de que el mayor, el mayor Preester, no comparte mi opinión, yo resumo las intenciones del Führer en el hecho de que también el hombre común y corriente debe poder vivir de algo. Querido camarada,

te estaría sumamente agradecido si pudiera ahora hablar contigo, toma en cuenta que nunca antes te había abordado o importunado. En la cervecería de Otto Lehmke, Wandsbek 8494, reciben mis llamadas telefónicas. Con la más leal camaradería partidista, *Heil Hitler*, tuyo, Albert Teetjen, maestro carnicero.

Teetjen contempló su firma, a la que le había impreso un trazo enérgico que culminaba en una ligera curva hacia arriba, secó la plumilla en el periódico, releyó la carta y dijo en tono admirativo:

—De dónde sacas todo esto, Stine. Suena como yo, sólo que mejor.

Stine rio.

—Ya ves, tontito —dijo mientras le alborotaba la bien delineada raya del cabello—, le saqué buen provecho a nuestra escuela de Blankenese. ¿Por qué te opusiste y te resististe tanto desde la excursión que hicimos el domingo a Farmsen, en primer lugar, a escribirle y, en segundo, a hacerlo como yo lo había pensado?

—Porque no tenía ganas de mendigarle al rico naviero Footh. Pues finalmente de eso se trata. Un ricachón no le saca los ojos a otro en nuestro nuevo Reich.

Stine frunció sus rojizas cejas.

—Mendigar —dijo severa—; las personas se ayudan mutuamente. En la guerra lo sacaste tres o cuatro veces del atolladero. Pero eso siempre se te olvida.

—Pues sí —masculló Albert Teetjen doblando la carta—, eso fue entonces, pero entretanto las cosas han cambiado. Está ascendiendo rápidamente el Footh. Busca y encuentra conexiones. Tiene un gesto tan simpático en los ojos y en la boca. Cuando nos topábamos era siempre el decente camarada del

Partido. Pero quién sabe cómo sea ahora. ¡El gran industrial! ¡Los grandes negocios! Su flota petrolera cuenta ya con cinco barcos. A veces en el puerto me los enseñan y, cuando digo que fuimos compañeros de armas en Bielorrusia, me felicitan: Al Albert no le puede estar yendo mal. Anda, Albert, invítanos algo. Y entonces tengo que pagar una ronda de aguardiente o de aquavit cuando trabajamos en el puerto franco. Hasta ahora sólo me ha costado dinero el camarada Footh.

—Ya verás, Albert —dijo Stine mientras se sentaba junto a él en el sofá—, esta vez nos traerá suerte. Se dice que se ha hecho de una que otra novia entre las ricas señoritas del Camino a Harvestehude. Y cuando a uno le va bien, comparte su bienestar. Aquí está su dirección.

Y le pasó un sobre de lino gris en el que se leía, escrito en la elegante letra de una mujer desconocida, “Señor Hans P. Footh, Hamburgo-Roterbaum, Camino a Harvestehude”.

—Es su dirección particular —dijo resplandeciente—, para que la carta no desaparezca entre su correspondencia comercial.

—¡Muchacha! —exclamó Albert con admiración—, pero qué Elsa más lista tenemos.

—Stine —corrigió ella la locución, bien sabiendo que procedía de uno de los cuentos de Grimm.

Albert la tomó de los hombros, la sacudió cariñosamente y la besó, al hacerlo se excitó y la empujó por delante de él hacia la recámara, donde en el crepúsculo del atardecer las dos camas dominaban el cuarto cuadrado. Caliente por el verano, el aire se suspendía entre las paredes blanqueadas. Hacía demasiado calor debajo de los gruesos edredones de plumas como para dejarse nada puesto.

—Sobre la mesa del comedor se quedó prendida la lámpara —advirtió la buena de Stine, mientras dejaba que las enaguas

se deslizaran por sus piernas y se sacaba la camisa por sobre la cabeza.

—Deja que siga encendida —replicó Albert con voz ronca, pero al final echó una breve carrera al comedor y giró el apagador.

La música de Mozart hacía mucho que había dejado de sonar.

II

—En casa de los Nathanson, cuando vivían aquí, se solía celebrar por todo lo alto en honor de este día, con *garden party* y concierto privado.

La señorita que dijo esto estaba echada en una tumbona a la tarde siguiente, con los brazos cruzados por detrás de su cabello rubio cenizo. La terraza en la que ésta se hallaba permitía echarle un vistazo, entre las mansiones y las copas de los árboles de la calle de enfrente, a la cuenca del Alster, que a esa altura se ensanchaba por kilómetros.

Hans Peter Footh, con las pesadas manos entre las rodillas, dirigió sus intensos ojillos, sorprendido, a la sonrosada boca de su hermosa y bronceada novia. Vestida con largos pantalones blancos de seda, el torso adornado sólo con una pañoleta roja, azul y blanca, como la bandera holandesa, se asoleaba y le proponía adivinanzas. Pero precisamente eso es lo que le gustaba de ella. De talante reconocidamente simpático, Footh estaba lo suficientemente seguro de sus asuntos y del Partido en todos los aspectos importantes como para permitirse mostrar de vez en cuando sus puntos flacos. Annette Koldewey, hija de un alto funcionario administrativo, el director del penal de Fuhlsbüttel, tenía fama de ser una muchacha muy culta. En el Hamburgo

republicano se había codeado ya con la alta sociedad; saber menos que ella no deshonraba a nadie.

—¿En honor del día? —preguntó él—, ¿qué pasó el 28 de agosto de 1870?

Annette sonrió ligeramente; sus ojos de un marrón eslavo, acunados entre los altos pómulos y la frente obstinada, contemplaron con indulgencia al hombre de amplios pantalones plomizos de marinero, que mandaba sobre más de ciento cincuenta empleados y a quien se le había entregado como propia hasta nuevo aviso. Evitaba cuidadosamente la expresión amor para caracterizar aquello que la ligaba a Footh. Hacía años que él se había divorciado y estaba dispuesto a casarse con ella en cualquier momento.

—De 1749. El cumpleaños de Goethe —anunció—. Los Nathanson lo festejaban. En los días de la República muchos tomaban nota de ese suceso. Ahora los Nathanson están en Estocolmo, esperando el regreso.

—¿No se les hará demasiado larga la espera? —se burló Hans Footh.

—Hablamos con ellos en primavera —replicó Annette—. El cónsul Nathanson es inteligente. Le doy a su Führer unos años más —dijo—. Después cometerá alguna gran tontería y le prenderá fuego al mundo, y entonces nosotros regresaremos. Sus extrañas ideas sobre Inglaterra y Estados Unidos le romperán el cuello.

—¡Un hombre inteligente! —se indignó Hans Footh—, curiosas amistades las que te permitía tu padre.

Annette miró al vacío. ¡Como si no bastara su propio criterio! Después frunció el ceño en una expresión de disgusto, quiso objetar algo pero optó finalmente por llevarse a los labios la taza de cristal llena de té, aspirando el aroma de la mezcla

de Darjeeling y Pekoe que ella misma había preparado, y se refrescó dando largos tragos.

Footh y ella habían pasado las primeras horas de la tarde en su velero y no hacía mucho que habían regresado a casa. Puesto que el *weekend* empezaba el sábado a mediodía, el lago se animaba más con cada hora que pasaba. Razón suficiente para que más de uno prefiriera tomar el té en casa. Demasiadas canciones, gritos y gramófonos.

—¡Pobre papá! —suspiró afligida.

En la recámara, frente a la cual se extendía la terraza y que en cierto modo se prolongaba así hasta el exterior, sonó el teléfono. El señor Footh se levantó pesadamente de su sillón, de tubos de acero, revestido de correas de colores —lo que se conocía como estilo Bauhaus— y entró. Annette observó el bambolean-te paso que el señor Footh había aprendido de los capitanes de sus barcos petroleros. En realidad, de su espalda deberían colgar tirantes, meciéndose de un lado a otro, como en la película de Jannings,² pensó irritada. Y si llegas a tener una hija, ojalá que algún día seas tan comprensivo con ella como mi papá lo es conmigo. Su padre estaba preocupado. La enfermedad de ese tal señor Denke de Magdeburgo, al principio tan sólo una ligera molestia, le ocasionaba severos problemas desde hacía algunos días. Annette, su hija mayor, acostumbrada desde la muerte de la madre a compartir con él sus penas y alegrías, se retor-cía de impotencia en su tumbona. Su mirada, como buscando consejo, vagaba por el azul cielo del verano; después encendió un cigarro. ¿A quién recurrir?

² Emil Jannings: su nombre verdadero era Friedrich Emil Janenz (1884-1950), actor y productor filmico.

El señor Footh regresó con una carta en la mano, la cual le habían enviado a su cuarto por el montacargas.

—¿Reconoces esta letra? —le preguntó a Annette antes de abrir el sobre.

—Es la letra de Käte Neumeier. Se mudó a Wandsbek, ¿cierto? ¿Qué quiere de ti?

Entretanto el señor Footh había estudiado a fondo la hoja escrita, la había doblado y guardado en la bolsa. Parecía entre enfadado y divertido.

—Tus amigas deberían hacer un uso más moderado de mi dirección particular —dijo—. La carta es de otra persona, pero el sobre es de ella. Un compañero de armas que vive en Wandsbek y necesita ayuda. ¿Quieres leerla?

Annette dejó que el sobre, gris y de papel de lino, se deslizara sobre la duela.

—Poco me interesan los extraños mientras papá esté bajo una presión tan atroz.

El señor Footh estaba enterado del asunto. Annette, tendida hacía pocos momentos como una náyade morena sobre la cubierta del yate Ojo de Oro, le había contado que el gobierno de la ciudad le había solicitado de manera apremiante a su padre que finalmente se encargara de la ejecución de los cuatro que hacía ya tiempo habían sido condenados a muerte, que desocupara sus celdas. El Führer deseaba visitar Hamburgo, con motivo del puente elevado que planeaba construir sobre el Elba. Pero primero se debía hacer *tabula rasa*, se debía haber concluido el proceso contra Timme y sus camaradas. El ministerio de Justicia del Reich había presentado su demanda. Pero el señor Denke, el verdugo de Magdeburgo, seguía guardando cama. Ahora se exhortaba a su padre a que buscara un sustituto.

—Si tu viejo sigue dándoles alojamiento a estos camaradas por más tiempo, él mismo echará a andar el rumor de que es comunista —había observado riendo el señor Footh y había saltado al agua, mientras Annette sostenía la escota y le arrojaba una cuerda para que Ojo de oro no se le escabullera cientos de metros, empujado por la leve brisa.

En ese momento él se levantó súbitamente de su silla, se paseó a lo largo del barandal de la terraza, regresó, se sirvió un coñac: Martell, decía la panzuda botella.

—A este hombre se le puede brindar ayuda.³ A ambos hombres. También a tu padre. Anda, léelo —y le tendió la carta abierta, con mano ligeramente temblorosa—: un regalo de cumpleaños del viejo señor Goethe.

Footh sonrió satisfecho.

Annette le echó una ojeada a los renglones y alzó la mirada hacia Footh, sin comprender.

—Un compañero de armas —repitió—, muy bonito. Albert Teetjen. ¿Y eso qué tiene que ver con mi padre?

—Tontita —exclamó él y subrayó el nombre con el índice—. Albert Teetjen, maestro carnicero —enfaticó.

Annette dejó caer la mano con la carta y soltó el papel. El viento lo arrastró unos pasos por la terraza, ahora yacía junto al sobre gris. Abriendo grandes los ojos, su mirada se agolpaba contra la de Footh; por lo demás no se movía un solo músculo en su rostro.

—No dejes que salga volando la valiosa dirección —exclamó el naviero poniéndole encima un pie calzado con una alpargata; después se inclinó a recoger la carta y la guardó en el

³ *Dem Mann kann geholfen werden*: cita tomada de *Los bandidos* (1781), de Friedrich Schiller (1759-1805).

bolsillo del pantalón—. ¿Cuánto dijiste que le reportaría esta vez al señor Denke ejercer su oficio?

La boca de Annette permaneció ligeramente abierta mientras inhalaba y exhalaba varias veces. Se puso la bronceada mano en la barbilla, sobre la cual se redondeaban las mejillas, tersas y hermosas, casi en forma de corazón, sumamente esclavas:

—Creo que dos mil marcos —contestó con voz ahogada, conmocionada por las dudas, se podría decir que aturdida.

Footh no comprendía las emociones que afloraban en ella.

—¿Apuestas a que funciona? —dijo—. ¿Y qué ganaré yo cuando a tu padre le vuelva a saber el vino?

Una sonrisa feliz relajó los labios de la chica y, cuando alzó los brazos y los hombros hacia él, Annette escuchó, sin saber por qué, cómo su voz interna recitaba dos famosos versos de Margarita que aquí encajaban perfectamente: “Tanto he hecho por ti ya que casi no podría hacer más.”⁴ Pero no los pronunció en voz alta, puesto que él seguramente hubiera preguntado de dónde venían. Y nadie, ella menos que nadie, hubiera sido capaz de echarle en cara lagunas en su cultura general a un hombre tan abiertamente cálido y dispuesto a ayudar. Se podría decir que estas lagunas formaban parte de su tipo, con un estilo bueno, nuevo, naturalmente.

III

El otoño se aproxima, pensó el señor Koldewey mientras preparaba sus utensilios para rasurarse. La nacarada luz de la

⁴ *Ich habe schon so viel...*: cita tomada de *Fausto*, primera parte (1806), en el jardín de Martha, de Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832).

mañana y, desde el lago, una brisa ya fresca, las copas de los serbales amarilleando y las frutas en el follaje de un rojo exquisito, como ópalos mexicanos. Sin septiembre, la gente como nosotros apenas si podría ya participar de la vida en su totalidad. Quien ha rebasado ya los sesenta de cualquier manera vive siempre en septiembre, en el mejor de los casos. Le hubiera gustado dejarse crecer patillas o una perilla, como le correspondía, en realidad, a un señor de edad en la tradición hamburguesa. Pero su sentido de la fisonomía y la apariencia adecuada se lo impedía. Su cabeza, en la que —con esa frente alta, ese largo labio superior y ese largo mentón—, cuando tenía la boca ligeramente abierta todo tendía a la largura, una barba hubiera resultado ridículamente hamburguesa. Por lo menos eso afirmaba su hija Annette cada vez que él insinuaba algo al respecto y las opiniones de Annette las tenía él en alta estima. Existen causas secretas dentro de las familias y de las personas de las que manan las acciones y opiniones que los amigos sólo perciben desde el exterior, pensaba el señor Koldewey al pasar por su mejilla la rasuradora dorada que un amigo y colega estadounidense le había regalado. No había alegoría que le pareciera más acertada al señor Koldewey para la sociedad moderna que un aparato dorado como ese: un lujo imperial que, materialmente, no valía ni siquiera un céntimo. Con su mango ornamentado, sus superficies lisas y su dorado resplandor, había sido ennoblecido por los obreros de las fábricas de Gillette y por la habilidad de los propagandistas hasta convertirlo en una mercancía preciosa que costaba muchos dólares. Digno obsequio del director de un penal en Nueva Jersey a un funcionario del Estado hamburgués, que dentro de su jurisdicción debía tolerar también un campo de concentración. Por lo que respecta a las causas secretas, siguió hilvanando sus pensa-

mientos, cualquier situación se equipara a mi pequeño cuenco de rasurar. Visto desde la mesita en la que está, la curvatura se aleja; visto desde ahí, es convexo. Pero hacia mí, la curvatura se acerca, desde mi perspectiva, es cóncavo. Lo mismo ocurre con las relaciones entre las personas. Las determinan coordenadas totalmente diferentes, dependiendo de si se les ve desde adentro o desde afuera. Como sea, forma parte de las obligaciones de toda persona civilizada el no querer saberlo todo, pero tampoco dejar que los demás adivinen sus intenciones. Voltarse al revés como un guante frente al sargento mayor, el recaudador de impuestos y el señor pastor: esa era una cuestión de ética protestante, el regalo de Lutero a sus príncipes. Haga usted el favor de exhibir sus entrañas, para que podamos ver que también usted está hecho sólo de barro. Eso es lo que hoy exige el Partido. Por favor, señores míos. Durante el gobierno del Káiser, fui bismarckiano; durante la República, fui un hamburgués conservador. ¿Y ahora he de capitular frente a la basura que nos ha vendido la industria pesada? ¿Y eso ha de ser la línea de la vida? ¡No, señores! Fueron capaces de imponernos a un notorio sinvergüenza como *Gauleiter*, como jefe de distrito y como gobernador del Reich,⁵ alguien que se había concedido a sí mismo la Cruz de Hierro de primera clase, igual que el señor Hitler, sin haber estado nunca en la guerra; igual que el señor Goebbels, quien se adornaba con la medalla para los pilotos y los heridos. Naturalmente, estoy obligado a rendirles cuentas a ese hombre y a su cancerbero desde muy temprano en la mañana, pero... y es un pero con “P” mayúscula. Des-

⁵ Karl Kaufmann (1900-1969). *Gauleiter* (jefe de distrito) de 1929 a 1945. Desde 1933, gobernador del Reich en Hamburgo. Fue responsable del establecimiento del campo de concentración en Fuhlsbüttel, el cual era conocido por los excesos que en él se cometían contra los prisioneros políticos.

pués el señor Koldewey se secó la cara, la frotó con una esencia perfumada y limpió el dorado aparato, al que le correspondía un estuche igualmente suntuoso. Esperaba ansiosamente a su hija Annette. Siempre que llegaba a sus oídos el ruido de un motor se asomaba por la ventana; pero eran, sobre todo, aviones que se dirigían al aeropuerto en Fuhlshüttel o que despegaban de él. En el ancho cielo zumbaban libélulas en forma de cruz. Temprano tiene que empezar quien quiera distinguir un Horch de un Daimler, sonrió. Por el sonido, qué más. Thyra e Ingebottel entienden de esas cosas, ya no digamos Annette. Claro, empezaron temprano las mocosas. Los dos primeros nombres designaban a sus dos hijas menores con los mote con los que se les conocía en la familia: unas atléticas jóvenes señoritas de ojos almendrados que ya habían desayunado hacía un rato con su padre, tras lo cual se habían despedido de él. Estas jóvenes profesionistas, hijas de familia, aunque entre semana eran retenidas en los despachos del centro de la ciudad y de la administración pública, con ansias tanto más grandes se apresuraban a salir los domingos al aire libre, donde cultivaban una actividad física paganamente sana con sus clubes en Harksheide o en la floresta de Tangstedt, en la medida en que las nuevas necesidades del ejército y el Partido no obstruyeran el bosque. Así pues, a la hora del café el señor Koldewey aún gozaba de compañía, a las ocho se hallaba solo y a las nueve, ya desayunada y después de que hubiera nadado un rato, llegaba Annette. Quien tuviera algo de juicio se volvía a meter a la cama con su Nietzsche mientras fumaba un puro Vorstenlanden. Bendito silencio el de las mañanas de domingo. Sin teléfono, sin partes militares, sin inspecciones: las desventajas del domicilio oficial —una mansión de ladrillos rojos afuera de los muros rojos—, que se veían compensadas por su ubicación tan lejana de la

ciudad, aunque con una buena conexión a la sofisticada red de caminos que había legado la República. Y qué buenos paseos se podían dar camino a Ohlsdorf, donde era posible nadar en el lago después de haber disfrutado, como el ser filosófico que se era, de la compañía de los muertos en el cementerio central. Los muertos nunca molestaban. Sólo los vivos daban motivo de queja. El campo de concentración de enfrente, por ejemplo. Insensible a toda influencia, inaccesible, y del cual no había forma de deshacerse.

Sólo cuando Annette lo despertó con un beso se dio cuenta el señor Koldewey de que se había quedado dormido; el puro, en el cenicero, cual correspondía; y la mano con el *Ocaso de los ídolos*⁶ sobre la colcha de la cama matrimonial de la que nunca se había deshecho, a pesar de los largos años de viudez.

—Hija —exclamó—, ¿acaso entraste volando por la ventana? ¿Cómo te fue? Estupendamente, por lo que veo.

Annette se sentó a la orilla de la cama y se polveó la nariz, enrojecida por el viaje en el esbelto carro deportivo, su “Aguilita”, y de por sí pecosa.

—Te traje algo —dijo.

A ti misma, pensó Koldewey, agitado por los celos que sentía por el novio de su hija, cosa de la cual se daba perfecta cuenta; un amante de Nietzsche no podía engañarse a sí mismo.

—Espera un momentito —dijo—, si no olvidaré el pasaje en el cual debo haberme quedado dormido. ¿Es una persona responsable por la sombra que arroja? ¿Y un pensador o poeta, por los malentendidos que engendra o a los que está sujeto? Sé tan gentil de decírmelo.

⁶ *El ocaso de los ídolos o cómo se filosofa a martillazos* (1889), obra tardía del filósofo Friedrich Nietzsche (1844-1900).

—Una cuestión crucial en un domingo por la mañana —sonrió ella, frunciendo sus finas cejas—. ¿Tu Nietzsche, por ejemplo, por la “bestia rubia”⁷ y cosas semejantes?

—El problema fundamental de nuestros días —confirmó él y leyó en voz alta—: “¡Qué poco hace falta para ser feliz! El sonido de una gaita. Sin música la vida sería una equivocación. El alemán piensa que aun Dios canta canciones.”⁸ Así dice Friedrich, el Bigotón. Ahora, pon atención. Aquí está haciendo alusión al verso:

En la tierra se escucha la lengua alemana
Y allá en las alturas canciones Dios canta.⁹

—Resulta ostensible que aquí, igual que hace el lenguaje popular, presenta a Dios cantando en nominativo, en lugar de, como sería lo correcto, en la voz pasiva y en dativo. Como sea, en ninguna otra parte insinúa lo contrario, ¿verdad? —y le tendió el libro a Annette. Ella, sin embargo, lo tomó y lo cerró. Había sustituido a la madre por un tiempo lo suficientemente largo como para poder permitírsele todo; además, estaba ansiosa por compartir con él su gran alegría.

—El señor Footh —soltó—, te manda sus respetos; va por buen camino para encontrar un suplente para el señor Denke y espera poder darte razón mañana por la tarde. En vista de ello, lo invité a cenar un plato de cangrejos, siempre y cuando tú des tu consentimiento.

⁷ *La genealogía de la moral* (1887), I, II, F. Nietzsche.

⁸ *El ocaso de los ídolos, Sentencias y flechas 33*, F. Nietzsche.

⁹ Comienzo de la sexta estrofa de *Des Deutschen Vaterland* (*La patria del alemán*, 1813), de Ernst Moritz Arndt (1769-1860).

El señor Koldewey se irguió lentamente en la cama, chupó su bien cortado bigote con el labio inferior, tomó con ambas manos los hombros de su hija.

—Cuéntame más, Annette —pidió y la escuchó con los párpados muy abiertos sobre los abombados globos oculares—. Hm —dijo después—. Sabes que en todo este asunto he sido más pasivo de lo que corresponde a mi naturaleza. ¿Por qué?

—¿Porque consideras que los cuatro por ejecutar son inocentes? —preguntó ella a su vez.

—Mi inteligente hija —asintió él—. Por lo menos no tan culpables como lo pretende la sentencia. Si la litigación tiene que fabricar homicidios deliberados a partir de un tiroteo entre grupos de jóvenes revoltosos, es su asunto, el asunto de los juristas prusianos de Altona. Ahora pon atención. ¿Te acuerdas del *Pescador y su mujer*?¹⁰

—Un cuento de Grimm que sólo existe en bajo alemán —sonrió ella—; me gusta releerlo de vez en cuando.

—En él el narrador formula su fábula de tal manera que habría todavía esperanza para ese matrimonio, que representa a la humanidad, si la tal Ilsebill en algún momento se diera por satisfecha. Pero no puede darse por satisfecha; una y otra vez importuna al buen rodaballo con deseos cada vez más desmedidos. Es una historia malaya, según me he enterado, una historia mágica, traída a estas tierras por pescadores, y esa es la razón por la cual sólo se la contaba en bajo alemán. Bueno, en este asunto de estas cuatro personas yo me comporto un poco como el paciente pez hechicero, el príncipe embrujado, sólo que al revés. Como individuo no estoy en condiciones de hacer nada. Pero los representantes de la clase gobernante son has-

¹⁰ *Der Fischer und syne Fru.*

ta cierto punto intercambiables y si, por ejemplo, en mi lugar pones al amigo Lintze, el teniente coronel Lintze de la décima región militar, él sí podría mover bastantes cosas. Entonces... yo las retardo. No encuentro a nadie. Le ofrezco a nuestro Estado una última oportunidad, a nuestro Hamburgo, al Reich, a nuestra ciudadanía. Están cursando peticiones de gracia para los cuatro; al mismo tiempo el verdugo Denke se enferma y tiene que guardar cama. Y entonces vienen tú y tu señor Footh y hacen que la cosa se ponga emocionante.

—Y yo que había tenido tan buena intención —se lamentó Annette.

—Lo sé —dijo él, cariñoso, y le dio un beso al lado de la boca—. Tú solo eres una herramienta, tu Footh, yo, todos nosotros. Algo está ocurriendo en el mundo; nosotros tenemos el honor de participar en ello.

—Y todavía no es seguro que resulte algo de este asunto —se consoló ella.

—No —confirmó él lentamente mientras se levantaba de la cama—, todavía no es seguro. Hace algunas semanas leí en algún lado que ya ni siquiera la física mecánica cree en la determinación. Incluso entre las moléculas, dijo James Jeans,¹¹ ciertas decisiones reposan en los regazos de los dioses. Ya veremos, entonces, si podemos albergar esperanzas. Las probabilidades son del *fifty-fifty*. Si los cuatro se salvan, también nosotros nos salvaremos de esta pesadilla. El señor Hitler se precipitará en una pequeña guerra y todo este barullo se irá a pique en una ciénaga de sangre. Si suben al cadalso, entonces el Tercer Reich

¹¹ James Hopwood Jeans (1887-1946), matemático, físico y astrónomo inglés. Elaboró estudios en parte especulativos sobre, por ejemplo, la teoría de la radiación, la dinámica de los sistemas estelares y la cosmogonía.

florecerá e infestará a nuestro pueblo, a Europa, al planeta, sin esperanza alguna. Pues esto no se desmoronará desde adentro. Así veo yo este asunto.

—Sería para volverse loco de desesperación —dijo Annette en voz baja—. Y yo que pensaba que los dados ya habían sido echados el año pasado. Sabio padre.

Y ahora ella lo besó a él, y no de forma infantil, sino como un adulto a otro. El año anterior su novio Hans Wieck y su primo Manfred Koldewey habían sido abatidos en España por un avión de combate ruso cuando volaban como pilotos de Franco, en el mismo bombardero con el que habían dejado en ruinas a varias ciudades vascas. Sin ese incidente, que los periódicos habían debido calificar como una trágica desgracia, Hans P. Footh y sus galanteos hubieran seguramente quedado en la sombra. Padre e hija, ambos, pensaron en ese giro inesperado; después él preguntó:

—¿Tienes ganas de sacarme a pasear un rato en tu auto? Quiero estar a las doce en casa de los Hagendörp. Van a tocar Brahms.¹²

IV

El múltiple clamor del puerto el lunes por la mañana estaba siendo acallado en ese preciso momento por el bajo profundo con el que un trasatlántico se disponía a ocupar su lugar, emitiendo abundantes sonidos con su poderosa garganta.

—El “Yasukuni Maru” —dijo el señor Footh cruzando la mano sobre el escritorio para ponérsela en el hombro al capi-

¹² Se refiere al compositor Johannes Brahms (1833-1897).

tán Carstanjen, que estaba frente a él, e indicarle que siguiera sentado.

El capitán Carstanjen, ancho y calvo e inclinado a las lisonjas, como muchos hombres de mar, estaba haciendo la elogiada observación de que el señor Footh, al parecer, conocía de memoria todo aquello que se movía en las cercanías de sus instalaciones.

—¡Sería un escándalo si no! —se rio Footh—, ahora que todos los chicos callejeros del mundo entero son capaces de distinguir un avión Junkers de un Dornier tan solo por el timbre. Estos japoneses tienen buenos barcos, según me han dicho.

El capitán lo confirmó:

—Muy buenos. Modernos barcos de motor que se deslizan sobre el mar más agitado tan tersamente como las planchas sobre sus tablas de planchar.

De cascos negros y chimeneas amarillas, ocasionalmente se topaba uno con los “Marus” de la Nippon Yusen Kaisha en Nápoles o en Marsella. En Hamburgo, Footh no había visto nunca uno. Y eso que siempre estaba atento a los sonidos que venían de fuera, inquieto; frente a la amplia ventana en el quinto piso del edificio de oficinas se extendía la gris y agitada superficie del puerto, cubierta por la bruma y el humo, aunque, más bien, era solo una pequeña parte sobre la que pasaban fulgurantes las gaviotas, crujían las grúas y atravesaban gabarras y transbordadores, y tras de la cual reposaba un fragmento de Hamburgo, rodeando el campanario de la iglesia de San Miguel: el centro de la ciudad, tan apretado como un nido de insectos, plagado de casas. El Nueve Ojos del capitán Carstanjen recorría la ruta del mar Mediterráneo y recién venía regresando, con todos los depósitos llenos de valioso petróleo, de Haifa. Estaba tratando de averiguar si su siguiente travesía lo llevaría sólo hasta

Constanza, en Rumania, o a través del Mar Negro hasta Batumi. A mediados de octubre cumpliría cincuenta años y deseaba pasar ese día memorable en casa y festejar con su hijo y con su yerno; puesto que uno de ellos trabajaba en Lufthansa y el otro en los Ferrocarriles del Reich, ya era hora de ir haciendo planes para el futuro.

—Tranquilícese, capi —dijo Footh—, eso no depende enteramente de mí. Es casi seguro que para mediados de octubre ya esté usted en casa, pero quizá consigamos aceite lubricante de Tampico y entonces es posible que se posponga una que otra cosa. Pasado mañana lo sabremos con certeza.

Preguntó al teléfono si la señorita Petersen ya había tenido noticia de a dónde podría haber enviado la Central de Distribución el petróleo del Nueve Ojos; dónde habría lugar para el petróleo, sin menoscabo de los trabajos de perforación para los cimientos del puente elevado sobre el Elba, fuera arriba o debajo de la tierra.

—Sería fantástico que una obra de tal magnitud pudiera extenderse sobre la parte inferior de nuestro río Elba a la altura de Finkenwärder, o donde fuera. Un saludo y un símbolo del Nuevo Reich —declaró con seriedad el señor Footh, mirando hacia su invitado—. Desgraciadamente hay problemas con el subsuelo, según afirman los geólogos. Bueno, ya lo arreglará el Führer.

Un gran mapa mural detrás de su cabeza mostraba el Noroeste de Alemania con aeropuertos, carreteras, grandes gasolineras y círculos amarillos de distintos tamaños, cerca de trenes y canales. Ahí se encontraban los grandes yacimientos subterráneos que estaban bajo las órdenes del Comando Superior del Ejército. Pero en la parte más angosta, a la izquierda del cuarto, oculto en parte por la masiva figura azul del capitán Carstanjen,

estaba colgado un mapamundi con una representación más esquemática y de menor escala, en el que estaban señalados con torres de perforación rojas los puertos que distribuían petróleo y, con pequeñas banderitas marcadas con cifras del uno al cinco, los puntos en los que en ese momento se encontraba la flotilla del señor Footh.

—Pero qué veo, ¡si todavía está usted en Haifa! —exclamó alegre el señor Footh. Oprimió un timbre y le pidió a la señorita Krüger, que entró al despacho respondiendo a su llamado, que moviera la banderita tres de Haifa a Hamburgo.

En España ganaba Franco. La Inglaterra de Neville Chamberlain¹³ no se atrevía a decir ni pío cuando “submarinos desconocidos” hundían o batían a cañonazos cargueros británicos, y los motores auxiliares rusos resultaron ser una porquería. El principio autoritario se imponía donde quiera que apareciera abiertamente, pero aún más cuando lo hacía en secreto.

—Tengo curiosidad por saber lo que el capitán Meinke nos contará acerca de Río. América Latina está avanzando poderosamente. En Estados Unidos, los republicanos, con el descendiente de alemanes Wendell Willkie a la cabeza,¹⁴ seguramente saldrán vencedores en las elecciones del año entrante. No, me equivoco, no será sino hasta dentro de dos años que Mr. Roosevelt¹⁵ caerá en el olvido. El león viejo que es Gran Bretaña, por el contrario,

¹³ Arthur Neville Chamberlain (1869-1940), primer ministro de Gran Bretaña de 1937 a 1940. Fue, en gran parte, responsable de la política de apaciguamiento frente a la Alemania de Hitler.

¹⁴ Wendell Lewis Willkie (1882-1944), político estadounidense. En 1940 fue candidato por parte de los republicanos a la presidencia de Estados Unidos.

¹⁵ Franklin Delano Roosevelt (1882-1945), político estadounidense del Partido Demócrata. Fue presidente de Estados Unidos de 1933 a 1945.

sabe muy bien que se le están cayendo los dientes. ¿Cómo están las cosas para él y sus judíos en Palestina? Levantamientos en todo el país.¹⁶ Por favor, prepárese otra pipa, capi.

Carstanjen sabía que, mientras ellos charlaban, estaban examinando sus cuentas y que, por eso, seguiría ahí por lo menos un cuarto de hora más; entonces se preparó una pipa, fumó a bocanadas y narró lo que vio. En todo el país las minas explotaban bajo los camiones que transportaban a las tropas inglesas hacia lugares particularmente peligrosos. Justamente durante su estancia en Haifa había explotado en el sector comercial un portafolios con una bomba, la cual le había lesionado las piernas a un ciclista árabe. En el puerto los italianos ocupaban cada vez más lugar con los barcos de Lloyd Triestino y los aviones de Ala Littoria; los británicos, en su arrogancia, dejaban que todo sucediera tranquilamente. Su fuerte acento hamburgués brindaba a las frases del capitán un aire de dulzura mientras contaba que la colonia alemana en Haifa sabía más acerca de los secretos del levantamiento que el *Intelligence Service*,¹⁷ aunque menos que el consulado italiano. Él mismo había visto una cosa particularmente bonita en el *shuk*.¹⁸ Habían montado una mesa enorme en la que habían puesto en exhibición cuchillos de carnicero de Solingen, que un hombre de la Organización Nacional-socialista de Células Obreras en las Empresas había llevado en el Nueve Ojos con recursos del Partido y había vendido a los árabes para que, a su vez, ellos los revendieran. Largas cuchillas rectas, tan adecuadas para el uso local que les daban los árabes. También se habían acercado a la mesa y regateado con

¹⁶ Entre 1936 y 1939 se dieron diversos levantamientos de los árabes contra el mandato británico en Palestina.

¹⁷ Servicio de espionaje británico.

¹⁸ Bazar, en árabe.

los gestos que correspondían al acto; lamentablemente habían comprado poco, de momento, porque los japoneses arruinaban los precios con sus “Solingen”. Pero una valiente dama judía que pasó junto a la mesa mientras hacía sus compras tuvo que apoyarse brevemente en la pared, tras lo cual salió despavorida. Quizá poseía el don de la clarividencia, como tanta gente de las costas de Alemania del Norte, y ya barruntaba cómo esas cuchillas acabarían clavadas en “su gente”.

—¿Cuchillos de carnicero? —repitió sonriente el señor Footh—. Eso me recuerda que debo hacer algo. Disculpe usted, capi —y le indicó por teléfono a la señorita Blütthe que lo comunicara con Wandsbek 8494 y le hiciera el favor de pedir que llamaran a su compañero de armas Albert Teetjen para que acudiera al teléfono. Le contestarían en la cervecería de Otto Lehmke. Después le preguntó al capitán qué decían los trabajadores de Haifa cuando la bandera con la esvástica ondeaba en el puerto. Y sonrió satisfecho cuando el capitán le aseguró que no había quien se atreviera a ponerle mala cara. Según la ocasión, también colgaba la nueva bandera del Reich en las calles de la colonia alemana. Y cuando distinguidos turistas alemanes se hospedaban en el Hotel Windsor, el mayor Von Hindenburg¹⁹ o el señor Von Papen,²⁰ también lo adornaban nuestros colores.

¹⁹ Paul von Beckendorf und von Hindenburg (1847-1934), jefe del ejército y desde 1916, jefe del Estado Mayor del Comando Supremo del Ejército durante la Primera Guerra Mundial. En 1925, fue presidente del Reich, reelecto en 1932. Tras la elección de Hitler como canciller del Reich en 1933, les allanó el camino al poder a los nacionalsocialistas.

²⁰ Franz von Papen (1879-1969), oficial y político. En 1932 fue canciller del Reich; en 1933-1934, vicecanciller en el gabinete de Hitler; en 1934 y de 1936 a 1938, enviado en Austria y después, embajador en Ankara hasta

—Será porque así debe ser —sonrió maliciosamente el señor Footh, y le contó al capitán, quien sólo lo había escuchado brevemente en la radio cuando se encontraba en alta mar, cuán bien se había sentido el año pasado el rey inglés en Salzburgo y con cuánta cordialidad lo habían saludado los camaradas austriacos del Partido cuando había estado haciendo compras vestido con pantalones blancos de cuero y medias nazis—. Aunque, entretanto, ya habían despojado a Eduardo VIII²¹ de todo poder. Pero se dice que en Inglaterra ya se ha nombrado o destronado a reyes si un hacedor de reyes fuerte, por ejemplo el futuro ganador en la guerra ruso-alemana, insiste en el asunto.

El capitán se deslizó hacia adelante en su silla: ¿el señor Footh creía que habría una guerra? La flota inglesa, por ejemplo en Alejandría, no era de pacotilla. Precisamente en Haifa habían hecho acto de presencia el acorazado Hood y el crucero Repulse... y no se trataba de meros objetos de ostentación, con sus enormes cañones.

—Nuestro Führer logrará todo lo que quiere sin necesidad de hacer la guerra. Podemos brindar por eso —y Footh ordenó por teléfono que le llevaran dos vasos de cúmel.

Los trajo la señorita Blüthe, quien colocó sobre el escritorio una bandeja con las bebidas, sonriente y modesta. Después, mientras los señores brindaban, pidió permiso para dar una

1944. Von Papen fue capturado por los aliados después de la guerra y fue uno de los acusados en los importantes Juicios de Núremberg, pero resultó absuelto. Durante la década de los cincuenta intentó sin éxito retomar su carrera política, tras lo cual publicó sus memorias.

²¹ Eduardo VIII (1894-1972), en 1936 fue rey de Gran Bretaña e Irlanda del Norte. Abdicó al trono porque no se autorizó su inminente boda con una estadounidense divorciada y se marchó al extranjero.

información. El señor Teetjen se hallaba en el rastro central y no pudo acudir a tomar la llamada, pero su esposa sí estaba ahí; ¿le debía dar algún recado? El señor Footh colocó su vaso sobre la reluciente superficie de níquel, ensimismado, y dejó que sus ojos descansaran en el bonito rostro de la señorita Blüthe.

—Algo importante. Le pido al señor Teetjen que almuerce mañana conmigo a mediodía en el restaurante Cölln, a las doce en punto. Esto le hará bien a su crédito, por lo menos en la cervecería de Otto Lehmke —y guiñó un ojo, divertido. Y entonces notó también con cuánto esmero se había peinado la Blüthe y cuánta importancia le daba al hecho de que él lo notara. Por desgracia le iba a provocar enseguida una pena—. Y también llame a Fuhlsbüttel: no tiene sentido que vaya yo a cenar hoy. ¿Sería posible que cascáramos el martes los mentados cangrejos?

—Con mucho gusto, señor Footh —y con una adolorida mirada en sus ojos de nomeolvides, Anneliese Blüthe se apresuró a ir hacia su teléfono. El auricular negro todavía descansaba sobre la mesa.

V

Los Lehmke se contaban entre los mejores clientes de la carnicería de los Teetjen: hacían grandes pedidos de chorros, carne de cerdo cocida y embutidos. El señor Lehmke estaba sentado en una de las mesas de su taberna, ordenando los juegos de cartas que los hombres de Preester habían revuelto de manera tan desconsiderada la noche anterior. Se metió un pedacito de tabaco de mascar entre la mejilla y la encía, y le dijo a su esposa, que estaba parada tras el mostrador lavando vasos:

—Ahí tienes. El viejo Teetjen es un hombre distinguido. Pues sólo la gente distinguida tiene amistades distinguidas.

La señora Lehmke, oriunda de Kiel, una dama corpulenta que lucía un rodete de canosos mechones sobre la raya del cabello y de ojos pequeños y agudos, evidentemente no tendía al carácter bonachón que se atribuye a las mujeres de su tipo.

—Bah —replicó—, Albert es tan grande como un ropero y el uniforme le viene que ni pintado. Pero si alguien te pregunta si su Stine se pinta el cabello, sólo responde: mi esposa cree que sí.

—Ese es asunto de él, no te metas.

—Está bien. Nada más decía. Uno tiene derecho a expresar su opinión, ¿no?

Como suele ocurrir entre los matrimonios de muchos años, los Lehmke se entendían más allá de las palabras. La señora Fiete Lehmke había notado claramente la mirada de contento con que su esposo había seguido a la Stine cuando ésta salió corriendo de la taberna, esbelta y grácil, porque temía que se le fuera a quemar el arroz.

—Y yo que pensé que la amistad con Footh se había apagado hacía mucho tiempo —en lugar de seguir usando el trapo húmedo, sacó uno seco de la estantería de la pared y empezó a pulir sus vasos.

—¿Y por qué? —contestó el señor Lehmke—. La SS es la élite de Adolf. Ahora vemos para qué sirve.

—Siempre me pareció que Albert debería estar en la SA y que la SS, en realidad, le quedaba grande.

—Pues ya viste que no. A un Teetjen en la SA el rico naviero Footh difícilmente le hubiera echado un telefonazo.

—Ni invitado a Cölln. Riquezas van, riquezas vienen... seguramente también tendrá dineros del sindicato en su empresa, es decir, del Frente Alemán del Trabajo.²²

—Ni se te ocurra decir algo así. A nuestra mesa nunca se ha hablado de eso.

—Está bien, me retracto. Se me calentó la cabeza por lo del Cölln, como si la cervecería de Lehmke no bastara.

—Cálmate, mujer. El Footh también es de la SS. Y cuando le venga bien, nos caerá aquí para echarse una platicada con el Albert.

—Y le quitará el delantal a la Stine justo cuando Albert no lo esté viendo.

—No creo —y diciendo eso se levantó para volver a guardar las barajas, el devocionario del diablo.

—No quisiera tener nada que ver con Albert. Un carnicero al que no le gustan los niños. Normalmente son siempre tan bonachones —la señora Lehmke se secó las manos en su delantal—. Y si vuelve a necesitar efectivo, ¿qué hago?

—Dáselo. Siempre ha aflojado pronto lo que nos debe. Más ahora.

VI

Stine Geisow, o Teetjen, con apellido de casada: sí que valía la pena seguirla con la mirada. Como un niño corría por las calles con sus esbeltas caderas, dándole un uso vigoroso a sus rectas

²² El nacionalsocialista Frente Alemán del Trabajo (*Deutsche Arbeitsfront*) se fundó en 1934 por decreto de Hitler. Sustituyó a los antiguos sindicatos y expropió su dinero.

piernas desnudas, semicubiertas por la falda de medio largo, camino a su negocio. Al hacerlo se sostenía el pecho con las manos, pues en los últimos días de agosto disfrutaba todavía de la alegría propia del verano de vestirse de la manera más ligera pero decente posible, con claras telas de algodón, de estampado colorido y lunares blancos, como lo dictaban la moda y los grandes almacenes. El verde olivo combinaba bien con sus cabellos, casi del color del maíz. Bien sabía que le gustaba a Otto Lehmke, se daba cuenta y lo disfrutaba, pero, junto a Albert, Lehmke no tenía oportunidad alguna, ese pesado hombrón. Los taberneros siempre gustaban de acompañar a sus parroquianos echándose una que otra cerveza a la barriga, misma que prosperaba a ojos vistos. La Lehmke podía quedarse tranquila y guardar sus miradas venenosas para mejor ocasión.

Stine debía apresurarse. Tenía un Hamburger Klöben en el horno, un panqué con almendras, pasas y modestas pizcas de acitrón; además, el arroz estaba en la estufa de gas, aunque a fuego lento y con la plancha de asbesto entre la olla y la flama. Pero de todas maneras, el arroz era pérfido; se quemaba rápidamente cuando no lo estabas viendo. Y hoy iban a comer arroz con las salchichas que no se habían vendido y que debían consumirse antes de que acabaran por servir solo como comida para perros. Esa hora, entre las nueve y media y las diez y media, por suerte podía considerarse como la hora adecuada para hablar por teléfono. Las amas de casa madrugadoras ya habían comprado su carne para hacer sopa o estofado, y las otras, que iban rápidamente por algo para asar porque no se decidían sino a última hora si querían escalopas de cerdo o de ternera, o chuletas de carnero, esas no se aparecían antes de las once y media. Mientras tanto, Dörthe Lehmke la estaba haciendo de suplente en el negocio de los Teetjen: mordisqueaba la punta de un

salami y despachaba a los pocos clientes que llegaban. Le encantaba hacerlo, era una muchachita glotona, regordeta y pechugona que había salido a su padre y que aspiraba a ser vendedora en el piso superior de Tietz, junto a la estación de trenes del Dammtor, o en la bolsa de valores, donde apuestos jóvenes y muchachas iban a comer sándwiches en la sala del desayuno y a tomarse un *sherry*. Sabían darse la buena vida y dejaban que los demás gozaran con ellos. Dörte, que en realidad se llamaba Dorothea, hacía no mucho que había pasado de la Liga de Niñas Alemanas de las Juventudes Hitlerianas a ser miembro de la Liga de Muchachas Alemanas.²³ Adoraba a Baldur von Schirach,²⁴ el poeta y patricio, desde que lo había avistado en la inauguración de la fuente de Horst Wessel.²⁵ Claro, más le hubiera gustado ver a Hermann Göring, que según las fotografías era quien más se parecía a su padre de entre todos los dirigentes del Reich. Pero él ahora no tenía para qué venir a Hamburgo. Estaba estructurando la fuerza aérea para aniquilar a los rojos bolcheviques que esclavizaban y saqueaban a la pobre Ucrania. Dörte odiaba a los comunistas, pues su padre también los odiaba porque le habían arruinado el negocio hasta el 33.

—Pues qué cree, señora Teetjen, que sí vendí algo —exclamó Dörte triunfante cuando Stine abrió la puerta de la carni-

²³ La Liga de Niñas Alemanas (*Jungmädelsbund*, de 10 a 14 años) y la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*, de 14 a 18 años) constituían la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas.

²⁴ Baldur von Schirach (1907-1974). Entre 1933 y 1940 fue el dirigente juvenil del Reich alemán, es decir, de todas las organizaciones juveniles nacionalsocialistas. Escribió poemas de cuño ideológico.

²⁵ Llamada así en honor del teniente Horst Wessel (1907-1930), a quien Goebbels convirtió en mártir del nacionalsocialismo después de que Wessel muriera a consecuencia de una disputa con comunistas.

cería e hizo sonar la campanilla—. El señor Lawerenz recibió una visita inesperada y mandó a comprar un cuarto de lengua salada. Ya quisiera yo desayunar eso, aunque fuera a veces.

—Por Dios, Dörte —se rio Stine—, como si tu madre te dejara morir de hambre.

—Dios me libre —contestó la adolescente y pescó el resto de una media rebanada que había cortado de más cuando sacó la pesada lengua helada del refrigerador que, laqueado de blanco, partía en dos la pared trasera del negocio, frente al gran ventanal—. Mmm —dijo mientras comía ruidosamente—, esto sabe muy bien. Pero mejor sabría sobre un pan con mantequilla.

Entretanto la señora Stine ya estaba en la cocina, a donde había llegado a tiempo para mover su arroz y salvarlo de quedarse pegado al fondo de la olla y arruinar todo el platillo. El hueso con tuétano que Albert le había partido en pedazos pequeños antes de irse ya se estaba cociendo e inundó la carnicería con su rico aroma a consomé con verdura y perejil cuando ella levantó la tapa, que luego volvió a poner en su lugar. Así, sin que supiera cómo, entró de nuevo en el papel de cocinera que había desempeñado tanto tiempo en la casa de los Plaut, con el farmacéutico Plaut en el Boulevard de Rothenbaum. También sustituyó a Dörte Lehmke con la figura de la pequeña e igualmente gorda Marga Plaut de ese entonces (quien ahora hacía mucho que también tenía una hija en Blomfontein, Sudáfrica) y dijo:

—¡Con manteca de ganso, niña! ¿Cómo que con mantequilla?

—Cañones en lugar de mantequilla²⁶ —exclamó Dörte radiante y echó a correr a su casa, utilizando la salida de la cocina

²⁶ Frase presuntamente acuñada en 1935 por Hermann Göring (1893-1946), en ocasión del incipiente rearme.

hacia el patio para que no sonara innecesariamente la campanilla del negocio.

Pero Stine, con movimientos ligeros y alegres, se deslizó hacia la recámara, se quitó el vestido, estiró los brazos, avistó en el pequeño espejo que estaba sobre el palanganero los vellos rojizos en su axila izquierda y sonrió, dichosa. Su apuesto Albert todavía la amaba, tras casi diez años de matrimonio. Eso no era poco. Se habían casado en el invierno del 27, una vez transcurrido el año de luto por la muerte de los buenos padres de Stine, que habían sido víctimas de la marea alta del 26, en su Hallig²⁷ cerca de la costa danesa. En ese entonces el dique Hindenburg, que la República estaba construyendo desde tierra firme hacia la isla de Sylt, se había disuelto en las grises aguas del mar del Norte, y los viejos Geisow, junto con muchas personas de la Hallig, habían desaparecido de la pequeña y plana isla. Con lo poco que heredó Stine modernizaron la carnicería de Albert, que ahora en realidad era un lastre. Pero parecía que ya había pasado lo peor. Quizá pronto podría reconsiderar si compraba los bonitos zapatos deportivos color café que llamaban su atención cada vez que pasaba por el escaparate de Zapatos Lehmann en el Boulevard de Wandsbek. En realidad ya era bastante tarde como para comprar zapatos cafés, pero a mediados de septiembre seguramente rebajarían el precio y a ella le daba lo mismo. En casa los zapatos cafés siempre resultaban amables, y el lodo de la calle en invierno no hacía diferencias entre la piel de ternera negra y la café. En todo caso, iba a mandar a ponerles suelas nuevas a sus zapatos de calle. Seguramente algo

²⁷ Las Hallig o Halligen son un grupo de pequeñas islas sin diques de protección en las islas de Frisia del Norte, en la costa del mar del Norte en el estado federado de Schleswig-Holstein, Alemania, y con una pequeña parte en Dinamarca.

resultaría mañana a las doce en el Cölln; con los gastos grandes esperarían, por supuesto, hasta que esos resultados fueran tangibles. Claro que habría que ver si el señor Footh podría ejercer alguna influencia en un consorcio de grandes almacenes. Pero quizá Albert pudiera sonsacarle un contrato para que le comprara la carne fresca que se consumía en sus cinco petroleros y que llevaban en grandes hieleras. Ingresos regulares, eso era lo que necesitaban para hacerles frente a los gastos corrientes. Para ese momento había terminado de prenderse de nuevo el cabello con pasadores, de ponerse una bata azul para cocinar en lugar del vestido y de colocar la silla de la cocina en el sitio desde el que solía vigilar al mismo tiempo la carnicería y su estufa. Había comprado una bolsa de manzanas tiernas, verdes como el veneno para ratas que el señor Plaut pesaba con sus finas básculas y que las sociedades navieras esparcían en sus almacenes y sentinas. En realidad, era fruta caediza y bastante agusanada; ahora la estaba limpiando para hacer puré de manzana, compota, que a ella le gustaba mucho y también a Albert. ¡Si tan sólo no chuparan tanta azúcar! Cuando las hubo acabado de pelar y de sacarles el rumiajo, como llamaba la señora Plaut al corazón, no eran más que cuartas partes de la fruta las que caían en la fuente de esmalte llena de agua. Pero qué se le iba a hacer. Aún no había manzanas más grandes.

Mañana a las doce en el Cölln. Por si acaso, Albert debía echarse al bolsillo una buena cantidad de efectivo. La gente rica con frecuencia era tacaña y nunca faltaban las sorpresas.